



## Palabras del Rector, José Alfredo Peris, en el Solemne Acto académico Santo Tomás de Aquino

La celebración de santo Tomás de Aquino aviva nuestra vocación universitaria. Alejándonos de cualquier gesto rutinario, queremos sinceramente dejarnos interpelar por la Palabra de Dios, viva y eficaz, que sigue actuando hoy y que tiene a los santos, y en el día de hoy a Santo Tomás de Aquino, por colaboradores de singular adecuación a la hora de conformar nuestras vidas según el Corazón de Cristo, en quien residen todos los tesoros del saber y del conocer.

Hem començat les nostres celebracions amb dos bones notícies que alegren el cor: la primera és la cita que no falla amb l'actualització del sacrifici de Crist en l'Eucaristia, celebrada pel Sr. Arquebisbe que ens presidix, i il·luminada per l'escolta de la Paraula i la seua concreció per a nosaltres per mitjà de la predicació. Sí, la nostra Universitat es constituïx així en el seu més profund ser, i en la seua quotidianitat, encara que a la dèbil percepció de què la constituïm puga escapar-se-li amb alguna freqüència.

La segunda gran noticia viene marcada por el anuncio del Excmo. y Rvdmo. Sr. Secretario de la Congregación para la Educación Católica de la erección por la Santa Sede de la Facultad de Derecho Canónico en el seno de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir. No puedo dejar de expresar mi gratitud más sincera al Sr, Secretario de la misma, Mons. Bruguès, con el ruego de que la haga llegar al Prefecto de la misma, el cardenal Zenon Grocholewski. Igualmente mi gratitud se dirige de modo muy expresivo al Sr. Arzobispo y Gran Canciller de nuestra Universidad que ha querido enriquecer nuestra comunidad universitaria con una Facultad Eclesiástica, la primera que forma parte de la misma. No es sólo una buena noticia para los profesores y alumnos de la nueva Facultad de Derecho Canónico sino también para todos los miembros de la Universidad pues el estudio y la investigación sobre la ciencia canónica no sólo es un ejemplo para toda nuestros estudios universitarios por su ejercicio de complementariedad entre fe y razón, sino que desde su propia docencia e investigación ilumina cuestiones fundamentales sobre el ser humano, su dignidad, sus derechos, su ser social, su religiosidad, que favorecen una interdisciplinariedad rigurosa, llamada a desarrollarse en estrecha colaboración con las demás Facultades que conforman nuestra realidad universitaria.

Eixa alegria per veure'ns enfortits en la nostra vocació s'ha vist reforçada al contemplar la investidura dels nous doctors, 8 sobre el total de 10 que han llegit la tesi des de l'última festa de sant Tomàs. En el vostre esforç la Universitat rep saba nova que li permet créixer en vitalitat per a complir amb la seua missió. Res del temps que heu dedicat a este menester ha sigut en va. Gràcies de cor i gràcies a les vostres famílies i a les vostres amistats, el suport i generositat de les quals explica en gran manera que hàgeu sigut capaços de coronar amb èxit un interès de tan notable envergadura."

També la nostra alegria es completa al reconèixer els doctors que havent obtingut eixe grau en altres universitats vos sumeu a la nostra Universitat per a participar amb plenitud de sentit de la



nostra missió. Gràcies molt sinceres. I és una obligació de justícia i un goig especial felicitar als que hui heu sigut distingits amb les distincions que donen fe de la vostra entrega a la Universitat amb 25 o amb 15 anys de servici. Esta comunitat universitària ha arribat a ser el que és perquè la vostra entrega i el vostre servici l'ha fet possible i amb este acte volem que açò no passe desaperebut.

Celebramos santo Tomás en un 2012 marcado en el mundo social, económico y cultural por una grave preocupación por la crisis económica. Quien más o quien menos siente las amenazas en su entorno del desempleo, los impagos, el cierre de empresas, la reducción de puestos de trabajo... Ante el dramatismo de la situación han surgido publicaciones y grupos que han alentado la protesta, planteando que una denuncia de los abusos y corrupciones y una reivindicación eficaz de los derechos de las personas son medidas suficientes para salir del atasco.

En cierto modo, tras unos años de alta elaboración científica del discurso económico hemos vuelto la mirada a categorías simples que nos permitan diagnosticar lo que nos pasa. El problema es que la reivindicación de la simplicidad es una opción arriesgada para quienes hemos sido educados por una cultura con frecuencia atrapada por el –en expresión del ya citado por Mnos. Bruguès , el filósofo lituano afincado en Francia Emmanuel Lévinas- “laberinto de la modernidad”, en el que sospecha tras sospecha, dudando de todo, albergando la inquietud de estar siendo hechizados por las ideologías, desconfiamos hasta de nuestra propia desconfianza.

Ante estas situaciones, resulta paradójico que estos movimientos presuntamente revestidos de la legitimación propia de la utopía puedan encontrar su piedra de toque en una frase de Karl Marx, en su 18 Brumario de Luis Bonaparte: “Hegel señala en algún lugar que todos los hechos y personajes de gran importancia en la historia del mundo ocurren, como si dijéramos, dos veces. Olvidó añadir: la primera vez como tragedia, la segunda como farsa”.

La advertencia es pertinente y hacia lo que apunta es a una ineludible obligación de veracidad a la hora de realizar los análisis. Las coordenadas correctas, me parece, han de apuntar hacia una revisión de cada uno de los actores acerca de su contribución a la crisis, para encontrar a continuación soluciones verdaderamente viables. Echar la culpa sistemáticamente a los otros es un alivio de corto alcance, pues sentencia a uno mismo de irremisible insignificancia.

Este año 2012 es también el año de Charles Dickens. Y una imagen suya viene en mi ayuda para ejemplificar lo que pretendo. En su novela David Copperfield, magníficamente llevada a la pantalla en 1935 por George Cukor, el personaje del príncipe de buen corazón, proverbialmente interpretado por el inigualable W.C. Fields, escenifica a la perfección lo que puede ser un diagnóstico sencillo y eficaz de muchas de las crisis económicas que afectan al mundo actual. Tras haber acogido bondadosamente al huérfano Coppefield en su casa, Fields es detenido, encarcelado y posteriormente desterrado a causa de sus deudas impagadas.

Si fuera un personaje de hoy, estoy seguro que el novelista y el director lo hubiesen situado en un contexto de reivindicación y protesta contra el mundo. Pero estamos en otros momentos y la escena camina por otros derroteros. Señala Fields con su inigualable modo de decir que me permitan intente remedar un poco:



"Copperfield, at present, I have nothing to bestow but advice. Still, that advice is so far worth taking... I have never taken it myself and am the miserable creature you behold. Young friend, I counsel you: Annual income, 20 pounds; annual expenditure 19 pounds. Result: happiness. Annual income: 20 pounds; annual expenditure: 21 pounds. Result: misery".

Humildad y realismo. Nos encontramos ante dos coordenadas básicas para diagnosticar adecuadamente la crisis, y por tanto para salir de ella. Intentar comprender adecuadamente la economía en lugar de refugiarse en consignas ideológicas tan sólo avaladas por una conexión emocional, por un sentimiento romántico, por una redención juguetona de la propia irresponsabilidad.

La referencia al medio cinematográfico, habitual en quien les habla, puede ser fundamentada con una cita del catedrático emérito de Filosofía Artística de la Universidad de Harvard, el prof. Stanley Cavell quien señala que "el cine, la última de las grandes artes, demuestra que la filosofía es a menudo la acompañante invisible de las vidas ordinarias que el cine es capaz de captar" (S. Cavell, *Ciudades de palabras. Cartas pedagógicas sobre un registro de la vida moral*, Pre-textos, Valencia, 2007, p. 27).

Esa filosofía cotidiana que el cine refleja es perfectamente idónea para articular la colaboración entre la fe y la razón, y muestra la vigencia perenne de la enseñanza de santo Tomás al respecto.

Creo que la obra cinematográfica de George Stevens, nos puede ayudar al respecto. Stevens, como Capra o McCarey, ya aludidos por quien les habla en otro momento, representa un modo de hacer cine en el que lo que importa es el espectador. Forjado en las películas de entretenimiento, tanto del Oeste, como en la comedia de Laurel y Hardy, o en otras cintas de humor como las de Woshley y Weehler, tuvo siempre una particular pretensión de tomar el ritmo adecuado para captar la evolución de la personalidad o la conciencia.

Su tema favorito, cómo el outsider busca su lugar en la comunidad, se va haciendo cada vez más denso. La ligereza de "Alice Adams" ("Sueños de juventud, 1935)", "Anna Oakley" (1935) o de "Quality Street" ("Olivia", 1937), "Vivacious Lady" "Ardid femenino, 1938), "Gunga Din" (1939) todavía más notable en los musicales que rodó con Fred Astaire("Swing Time/En alas de la danza", 1936 y "A Damsel in Distress/Señorita en Desgracia, 1937) gana en espesura en "Vigil in the Night" ("Noche de angustia", 1940) o en "Penny Serenade" ("Serenata Nostálgica", 1941). Pero en todas ellas tienen en común, como magníficamente señala Donald Richie en su monografía "George Stevens: An American Romantic", una confianza en el ideal romántico, en que, al final, la felicidad consiste en confiar en que el mundo de los sueños acabe conquistando la realidad, en que es sólo el sentimiento y no la razón el que es capaz de captar la realidad. Es indudable el peso del trascendentalismo americano, el de Emerson y Thoreau en estos planteamientos.

Sus obras inmediatamente anteriores a la II guerra, "Woman of the Year" ("La mujer del año", 1942) "The Talk of the Town" ("El asunto del día", 1942) o "The More the Merrier" ("El amor llamó dos veces", 1943), comienzan a mostrar una inquietud, un profundo desasosiego: ¿será la guerra, de inminente amenaza, la descalificación de esa confianza? ¿No es el totalitarismo hijo de los sueños de un tirano que amenaza con imponerlos inexorablemente por medio de su voluntad?



Esa inquietud se convierte en certeza cuando en su misión de filmación de la guerra, Stevens es de los primeros en entrar en el campo de concentración de Dachau. La perversa intención de conseguir desfigurar a los seres humanos allí confinados, a base de torturas, escarnios y vejaciones, hasta hacerles perder su apariencia de humanidad, conmociona gravemente la sensibilidad de Stevens. Ya no podrá volver a hacer comedias igual que antes. Es hora de pasar del sueño romántico a la realidad, y a una realidad extremadamente dura.

Sus obras tras la segunda guerra mundial, son un canto a las consistencias personales que permiten radicar los valores morales en la realidad con un bagaje que unifica inteligencia y sensibilidad: "I Remember Mama" ("Nunca la olvidaré", 1948) y "Giant" ("Gigante", 1956) son testimonios perfectamente explícitos del valor de la mujer como madre y esposa, como educadora de la paz, de la concordia, de la economía al servicio de la familia, la vida y las personas, de la superación del racismo y de la intolerancia entre las personas"; "Shane" ("Raíces profundas", 1953) el probablemente mejor western de todos los tiempos, muestra tanto el derecho de las familias a configurar una política y una economía que garanticen su paz, como la necesidad de que esas mismas familias estén alertas frente a la tentación de importar la violencia que el totalitarismo nazi ha puesto en el centro de su visión del progreso; "A Place in the Sun" ("Un lugar en el sol", 1951) denuncia cualquier aspiración al bienestar que ponga en peligro la vida de los más humildes, incluidos los no nacidos, por desoír la voz de la conciencia, tan amenazada por los sueños del creciente materialismo entre las rentas alta de la sociedad americana.

El nivel de expresividad llega al máximo cuando filma "The Diary of Anne Frank" ("El diario de Ana Frank", 1959) y "The Greatest Story Ever Told" ("La historia más grande jamás contada", 1965) sobre la vida de Jesucristo. El amor a la vida que no dejó de acompañar el cautiverio de Anna Frank se ve proyectado en un programa de convivencia ecuménico en torno a la figura de Jesucristo, esperanza sólida en un mundo transformado por unos valores que llegan a su plenitud en la resurrección del Hijo de Dios.

Después de esta última obra, que distó de ser un éxito, Stevens sólo filmó una obra más, una obra menor, "The Only Game in Town" ("El único juego de la ciudad", 1970) que, como casi veinte años antes en "Something to Live For" ("Una razón para vivir", 1952), tan sólo recogía las vacilaciones del corazón humano y sus debilidades ante la promesa de amor, renovando la confianza en el valor del matrimonio, como remedio eficaz de esas inconstancias.

Sí, su gran obra sobre la persona de Jesucristo y su mensaje le dejó casi exhausto, sin nada más que mostrar, sin más argumentos que esgrimir, sin más belleza posible que incorporar a una pantalla. Algo le advertía que quizás esta vez los gustos del público habían sido superados por la belleza de su propuesta. No demasiado religioso, pero sí extraordinariamente sensible, probablemente creyó entender que su labor como cineasta había acabado, que ese mundo real en donde los sueños son posibles excede lo que es la lógica del esfuerzo, y lo íntimo de la persona se queda en expectativa de un Redentor.

Dicen que quien ama el cine ama la vida. La obra de Stevens da muestras de ello, y su propuesta conmueve singularmente porque ama la vida después de haber sido testigo directo del desgarramiento profundo que la humanidad desarrollada sufrió con el holocausto judío y la II Guerra Mundial, desgarramiento del que dicen algunos, nuestra cultura aún no se ha recuperado.



Su mirada culminante fue hacia Cristo y aquí podemos acabar volviendo a celebrar a santo Tomás, alentados por las interpretaciones que se han venido haciendo de su obra por los últimos papas, Juan Pablo II y Benedicto XVI, tan inequívocamente comprometidos en proponer al mundo el humanismo que nace del costado abierto de Cristo en la tarde de Viernes Santo.

La alianza entre fe y razón es la única esperanza incommovible para este humanismo, que no quiere dejarse atrapar por ilusiones románticas, pero que tampoco renuncia ni a la esperanza ni a la movilización de la inteligencia, de una dignidad humana activa y comprometida con el bien común. El programa expositivo de la Suma Teológica, en el que la criatura humana comprueba cómo Dios ha venido en su búsqueda para que, rescatada del mal, pueda participar de la vida divina, es un programa de insuperable fortaleza para fundar una vida moral en la que las distintas ciencias sean cultivadas con una verdadera confianza en que el triunfo está de la mano de la Verdad, el Bien, la Belleza y la Unidad.

La mirada de santo Tomás sobre la cultura es la mirada propia del estudioso católico que en nuestra Universidad Católica de Valencia queremos cultivar. Que la protección de la Virgen Inmaculada, de san Vicente Mártir y de santo Tomás nos permitan cada día deseársela más, comprenderla mejor y vivirla con mayor plenitud. Muchas gracias.